

Pero por la misma razón de que todo lo que sufrís es consecuencia de la amistad que nos habeis brindado, de los beneficios con que nos habeis favorecido, yo tengo el deber de castigar á los rebeldes, y los castigaré sin contemplaciones ningun género, obligándoles á reconocer en vos la suprema autoridad de la nación; porque no estaria bien, ni vos lo hariais, dejar solo á la merced de una nación apasionada y hostil al hombre que ha perdido por nosotros el ascendiente que tenia sobre su pueblo.

—Yo estoy seguro de que cuento con bastante influencia para obligar á los mexicanos á que renuncien á esa lucha tan dolorosa para mí.

—No lo creais. Están desesperados. Os profesan un inmenso rencor. Solo las armas pueden obligarles á retroceder, volviendo á aquellos dias venturosos en los que nos trataban como amigos bajo vuestro imperial dominio.

Insistió de nuevo Moctezuma en que no se rompieran las hostilidades; pero Hernan Cortés le demostró hasta la evidencia la imposibilidad de la paz, y el pobre monarca, que ya no era más que un autómeta:

—Nada puedo deciros, exclamó; haced lo que gustéis.

## CAPITULO XVIII.

### El plan de los mexicanos.



URANTE el resto del dia, y por la noche, permanecieron silenciosos y retirados los mexicanos.

Al dia siguiente indicaron algunos centinelas que habian visto á lo léjos grandes masas de hombres armados, que desde el campo entraban en la ciudad con el mayor sigilo.

No habia duda.

Los enemigos se preparaban á luchar, y se preparaban para vencer.

Hernan Cortés envió la mitad de sus tropas con los dos mil tlaxcaltecas á una llanura próxima, para ver si los mexicanos acudian y se resolvía la cuestion.

Estuvieron todo el dia aguardando, y á la noche se retiraron, sin que nadie hubiera acudido á su provocacion.

Por más que hicieron, no pudieron saber los preparativos que hacian para el ataque los mexicanos.

Al anoecer estaba desesperado Hernan Cortés, porque ignoraba los planes de sus adversarios y los medios con que contaban, y no podia averiguarlos sin arriesgar la vida de sus soldados, en el caso de que los enviase á la plaza de Tlatelulco para explorar el terreno.

—Daria cualquiera cosa, exclamó de pronto, por conocer á fondo los planes que meditan los mexicanos.

—Yo puedo complacerte, dijo Marina.



—¡Tú! exclamó Hernan Cortés, fijando en ella sus ojos y leyendo en los de la india la inmensa pena que sentia su alma. ¡Ah! Mi buena Marina, añadió, estarás quejosa de mí. ¡Apénas te he hecho caso!

—No importa; yo sé cuál es mi deber, y le cumpliré. ¿No deseas saber cuáles son los proyectos de los mexicanos? Yo te los diré.

En aquel momento estaban solos los dos amantes.

—Ha llegado la ocasion, dijo Marina, de pedir á la guerra lo que ya no puede dar la paz.

Es indecible el odio que los mexicanos sienten hácia vosotros.

Toda su vida les parece poca para sacrificarla en aras de la independenciá de su patria, y hasta los más tímidos, hasta los más débiles, han ofrecido sus pechos á vuestras mortíferas armas para lograr destruiros y libertar á su soberano.

—Pues qué, ¿creen que le tengo prisionero?

—Sí; ya están convencidos de que Moctezuma les ha engañado; que desde el momento en que fué trasladado desde su palacio á vuestro cuartel, no ha sido más que un cautivo, y la indignacion que esto produce en su alma aviva su furor.

Hasta el mismo príncipe de Iztacpalapa, que era el más tímido de los consejeros del rey; hasta Guacolando, su primer ministro; hasta los sacerdotes, han resuelto luchar si es necesario, y han empleado todo su influjo para infundir el valor en el corazon de los vasallos de Moctezuma.

No contentos con eso, han mandado pedir refuerzos á todas las ciudades tributarias del imperio, y ya han empezado á llegar numerosas huestes, perfectamente armadas y deseosas de prestar ayuda á los mexicanos, porque en cambio de estos auxilios les han ofrecido los jefes de la conjuracion la independenciá, la libertad.

—¿Con que es decir, exclamó Hernan Cortés, que ha llegado

el momento de romper por completo las hostilidades, de no dar cuartel á nadie, de llevar á cabo la conquista, ó de perecer en la empresa?

—Sí, Hernan Cortés; ya no te queda otro camino. La ciudad está llena de guerreros.

Las mujeres, los niños y los ancianos, han sido trasladados á las ciudades inmediatas, ó se han guarecido en las montañas, porque los mexicanos han jurado exterminaros ó perecer todos.

—¿Y piensan atacar el cuartel?

—Su proyecto es dar un asalto formidable por todos los cuatro ángulos del palacio, penetrar en él, aunque perezcan á millares, apoderarse de Moctezuma, pedirle que se ponga al frente de ellos, ó que renuncie á su corona y huya á esconder su vergüenza en el recinto de la muerte.

—Bien sabe Dios, dijo Cortés, que me pesa en el alma esa resolucion. Pero tú, añadió de pronto, ¿cómo has podido saber todo eso?

—Yo soy leal, y no me olvido nunca de las promesas que hago.

Marina pronunció estas palabras con un acento de tristeza y de reconvencion, que no pudieron menos de llamar la atencion de Cortés.

—Expícate, le dijo.

—He salido yo sola á la ciudad.

—¿Tú?

—Sí.

—No has temido....

—No; porque he hecho una vez más traicion á mis hermanos para defender á mis falsos amigos.

—Marina....

—Oyeme, y juzga luego.

He salido yo sola, y los espías se han apoderado de mí. Yo no he hecho resistencia de ningun género.



—«Vengo á buscaros, les dije. Conducidme á la presencia de vuestro jefe.

—«¿Para qué? me preguntaron.

—«Tengo que comunicarle noticias importantes.»

Entónces me llevaron á la presencia del príncipe de Iztacpalapa.

—«¿Tú eres, me dijo, la amiga de los españoles?... Perecerás.»

—«¡Miserable! exclamó Hernan Cortés, no pudiendo contenerse.

—«Haz de mí lo que quieras, le contesté; pero escúchame antes, porque te interesa. Si has creído que puedo olvidar la raza á que pertenezco, si lo que es obligación, y obligación penosa, te parece deslealtad, razon tienes. Pero yo te demostraré muy pronto que no es el amor á los españoles el que me trae aquí.

—«Habla, me dijo. Han llegado las cosas á tal extremo, que es necesario la lucha.

—«Pues bien; ántes hoy que mañana. Los españoles esperan grandes refuerzos.

«Mientras no lleguen, temen, porque saben que sois muchos.

«Id esta noche á los alrededores del cuartel. Aprestaos al combate.

«Antes de amanecer vereis una luz en una de las ventanas del edificio.

«Romped entónces las hostilidades. Los españoles estarán ese momento descuidados, y será más fácil el triunfo.

—«¿Quién hará esa seña?

—«Yo, si os fiáis de mí. Si no, aquí estoy yo, contesté; conservadme en vuestro poder hasta que os convenzais de mi fidelidad.

—«No, exclamó el príncipe de Iztacpalapa; vé á cumplir la promesa que nos has hecho. ¡Ay de tí si nos engañas!»

Gracias á esto pude averiguar los planes de los mexicanos.

Mañana temprano, yo haré la señal convenida. Todos los mexicanos caerán de improviso sobre el cuartel.

Si estais prevenidos, al rechazar su ataque podreis darles un golpe decisivo.

—«¡Ah, Marina, cuán buena eres! exclamó Hernan Cortés.

—«Si alguna gratitud merecen mis desvelos, si el interes que tengo por tí y por los tuyos te inspira hácia mí alguna piedad, déjame que mañana, despues de hacer esa seña fatídica, con la que voy á llenar de lágrimas y de luto á mis hermanos, me aleje para siempre de tu lado.

—«¿Qué dices?... exclamó Hernan Cortés sorprendido.

—«Es una súplica, y nada más.

—«¿Pero estás loca?... ¿Cómo quieres que yo consienta en que te alejes de mi lado?... ¿Qué motivos tienes?...»

—«No me lo preguntes.

—«Exijo una respuesta.

—«Es imposible.

—«¡Imposible! ¿Por qué?

—«Porque no es la esclava quien debe reconvenir á su amo.

—«¿Tú mi esclava?

—«Yo, sí; lo he sido y lo soy sin esperanza alguna.

Y la jóven no pudo contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus hermosos ojos.

—«¿Lloras? exclamó Hernan Cortés, viendo el intenso dolor que revelaba el semblante de Marina.

—«No lloro.

—«Expícate; tú sufres mucho.

—«Sufro, sí; por eso deseo la muerte. Concédeme la licencia que te pido, déjame partir á ocultar mi dolor y mi vergüenza.

—«De ningun modo: yo necesito que me expliques el profundo pesar que se retrata en tu semblante.

—«¿Para qué quieres que en la víspera de un combate sangriento debilite tus fuerzas y te dé parte de la pena que expe-



rimenta mi alma, si es verdad que sientes hácia mí algun deseo?

—¿Puedes dudarlo?

—¿Quién sabe!

—Marina, tus palabras me llenan de turbacion. ¿Te he dado algun motivo?...

—Me has engañado.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Qué es lo que dices?

—Me has jurado amor.

—Y bien, te amo.

—Mientes.

—¿Yo mentir?

—Tú no puedes amarme.

—¿Por qué?

—Te ruego que no me lo preguntes.

—Y yo te mando que contestes. ¿Qué motivos tienes para dudar de mí? ¿Por ventura no has sido mi confidente, no has participado de todas mis venturas, de todas mis desdichas?

—¿Y no te decia tu conciencia cuando me jurabas amor que me engañabas? repuso Marina con febril exaltacion. ¿No escuchabas al mismo tiempo que imprimias un beso en mi frente la voz de tu conciencia?

Estaba tan obcecado Hernan Cortés, que no comprendia á qué aludian las palabras de Marina.

—Marina, exclamó, yo no sé lo que quieres decirme; lo único que puedo asegurarte es que por gratitud primero, y por amor despues, te has hecho dueña de mi alma.

Yo no sé si es amor lo que siento hácia tí; pero puedo asegurarte que todas mis penas se acaban cuando te veo, si en tus ojos hallo la imágen de la esperanza.

¡Ah! Despues de haber oido de tus labios una palabra cariñosa, me encuentro con fuerzas para arrostrar todos los obstáculos con la seguridad de vencerlos.

¿Qué más puedes pedir?

Al oír aquellas palabras Marina, dijo de pronto:

—Pues bien; voy á poner á prueba tu amor.

—¿Qué deseas?

—¿Aspiras á conquistar el imperio de México? Mi corazón me dice que lo lograrás.

Cuando ese cetro esté en tus manos, ¿me harás tu esposa?

Hernan Cortés se estremeció.

—Aunque conquistase ese imperio, la dijo, no es para mí; es para mi rey.

—Pero ¿me harás tu esposa? repitió la jóven india.

—Marina, eso es mucho exigir.

—¡Ah! ya lo sabia yo. Tú no puedes ser mi esposo, porque lo eres de otra mujer, porque amas á otra, porque tienes un hijo de ella.

Hernan Cortés quedó anonadado.

Durante aquellos minutos cruzaron por su imaginacion infinitas ideas.

Recordó la conversacion que habia tenido en Zempoala con Pánfilo de Narvaez.

Recordó á Catalina, á su hijo, y comprendió cuán indigna era de un cristiano, de un caballero, la conducta que observaba.

Pero la situacion era crítica.

Marina le embelesaba

Tenia en sus ojos una fascinacion tal para él, que no podia mirarla sin electrizarse.

Por otra parte se decia á sí mismo:

—No puedo desprenderme de Marina. Antes que nada soy el jefe de un ejército, soy la encarnacion de una gran idea, tengo que realizar una empresa, y en estos instantes tan críticos, la ausencia de Marina me dejaria perdido.

Ella es mi intérprete, ella encuentra siempre recursos para salvarme en los trances apurados.



Y engañándose à sí propio, justificando su pasión con la necesidad:

—Marina, exclamó de pronto, es cierto lo que dices. Antes de conocerte, en mi patria, me he unido con una mujer, y he tenido de ella un hijo.

Pero ¿es la culpa mía? ¿Me has oído alguna vez recordarla? ¿No has comprendido que al verte hasta he faltado á mi deber y he olvidado á esos seres, cuya existencia me recuerdas?

Seré leal contigo.

No puedo ser tu esposo, porque me unen lazos indisolubles con otra mujer; pero seré tu amante, nunca te olvidaré, viviré para tí.

¿Puedes pedirme más?

—Me engañas, dijo Marina.

—No; si tú te conformas con la suerte, si me amas por mí mismo, si el nombre de esposo no tiene precio alguno á tus ojos y te basta el de amante, ese te doy. ¿Puedes pedirme más?

—No, no es ambición lo que me inspira el deseo de unirme para siempre contigo, exclamó la jóven india.

Tu amor me basta, aunque me consideres como una esclava.

Pero ámame, y viviré.

Júramelo.... júramelo por ese Dios que me has enseñado á conocer y á amar.

Hernan Cortés, ébrio de pasión, porque la tristeza embellecía á la jóven:

—Lo juro, exclamó.

Marina cayó en sus brazos.

En aquel momento entró Ilbialbi en la estancia donde se hablaban los dos amantes.

Hernan Cortés, al verle, recordó la promesa que le había hecho, y se horrorizó.

Marina huyó como la gacela sorprendida.

—¿Habeis olvidado la palabra que me habeis dado? dijo Ilbialbi.

Hernan Cortés, mirándole con altanerío:

—Mañana, al romper el alba, le dijo, van á asaltar nuestro cuartel los mexicanos. Los valientes obtendrán el premio; los cobardes sufrirán el castigo que merezcan.

Y alejando á Ilbialbi, llamó á sus capitanes para advertirles el riesgo que corrian, ocupando con ellos el resto de la noche en hacer los preparativos para responder con energía al ataque de los mexicanos.

